

Limosneros... y con garrote

MANOLO E. VELA
CASTAÑEDA



MANOLOVELA@IBEROMX

Atrás quedó la guerra fría, las bases aéreas en Honduras, la invasión a Panamá (1989); el financiamiento de un ejército de poco más de 20 mil hombres, “la contra”, en Nicaragua, para descarrilar aquella revolución (entre 1981 y 1990); y la planificación y el pago de la guerra en El Salvador (1980-1992). Eso es cosa del pasado. Ahora, las relaciones entre Centroamérica y Estados Unidos corren –además del comercio– por tres carriles: 1) drogas, crimen organizado y pandillas; 2) migración; y, 3) democracia, derechos humanos y justicia.

La política exterior norteamericana ha estado fundada en esa perversa fantasía de pretender llevar la democracia –exportarla o imponerla– a otras partes, a los bárbaros, a los incivilizados. Se lleva la democracia, y de paso se hacen más negocios. Si ayer se trataba de derrotar al comunismo internacional; hoy la consigna es contener al crimen organizado, y atajar la migración; la democracia, los derechos humanos y las instituciones de justicia coadyuvan, nada más y nada menos que para atraer inversiones, en una especie de círculo virtuoso.

¿Qué nos une a Estados Unidos? en promedio –para Guatemala, El Salvador y Honduras–, el 40 por ciento de sus exportaciones tienen como destino al vecino del norte (el porcentaje de las importaciones ronda esa misma cifra); la falta de oportunidades ha hecho que alrededor de 2 millones de ciudadanos de estos tres países vivan en Estados Unidos, lo que genera un flujo de capital –las remesas– que ronda los US\$1,100 millones de dólares para las economías de los tres países, lo que –en promedio– representa un 15 por ciento del Producto Interno Bruto; y, finalmente, el 90 por ciento de la droga que se vende en las calles de Estados Unidos pasa por Centroamérica.

Durante la primera semana de marzo de este año, el vicepresidente de los Estados Unidos, Joe Biden, se reunió con los presidentes de Guatemala, El Salvador y Honduras, con el propósito de darle el espaldarazo al Plan de la Alianza Para la Prosperidad del Triángulo Norte. Este supondrá una inyección de mil millones de dólares anuales, a partir del presupuesto de 2016; en un



ILUSTRACIÓN VÍCTOR MATAMOROS > EL PERIÓDICO

esquema de cooperación que podría extenderse por varios años, a un monto más o menos similar. Con ellos se triplicaría la ayuda que Estados Unidos aporta a esos países.

Los orígenes de esta iniciativa se remontan a 2014, cuando las autoridades migratorias de Estados Unidos se percataron de un incremento en el número de niños viajando sin acompañante –los contabilizados llegaron a ser casi 70 mil– que eran capturados. Entonces, los presidentes de esos tres países se reunieron –en julio de 2014– con el presidente Barack Obama. Qué bochorno –imagino– estaren los zapatos de estos gobernantes; allí, parados, en Washington, avergonzados y encima pidiendo recursos, cuando aquella crisis humanitaria era vista –a nivel mundial– como la punta del iceberg de la grave situación en la que estos países se hallan hundidos y estancados.

Pero los niños migrantes, que fracasaron y fueron deportados; sin proponérselo, modificaron el esquema de cooperación de Estados Unidos hacia Centroamérica. Así, de la Iniciativa Regional de Seguridad, que forma par-

te del Plan Mérida, se agrega ahora esta otra: la Alianza para la Prosperidad. Se pasó así –al menos en los planes–, de un esquema centrado en la seguridad –sin olvidar esa mezcla de intereses y valores, con la que se hacen las políticas exteriores–, a una mayor atención al desarrollo.

Ese es el contexto en el que el vicepresidente de Estados Unidos, como parte de su visita a Guatemala, señaló que “La CICIG debe ser prorrogada”. Luego intentó suavizar, indicando que esta era una “una decisión soberana”. Pero luego remachó, diciendo que la CICIG “debe ser prorrogada”, si esperan que el Congreso apruebe los fondos. Con el mismo tono que habló en la reunión plenaria, el vicepresidente terminó diciendo que ustedes: “deben estar comprometidos para limpiar el sistema”.

Lo que siguió puso en ridículo –una vez más– a la diplomacia guatemalteca. Ante las declaraciones del vicepresidente de Estados Unidos, Pérez Molina, el presidente guatemalteco, alcanzó a decir que el tema de la CICIG no se

hallaba en la agenda de trabajo; como si ello bastara para imposibilitar que el Congreso de Estados Unidos condicione el desembolso de los fondos del Plan para la Prosperidad, a la decisión de Guatemala sobre la extensión del mandato de la CICIG.

La única forma de salir de un callejón sin salida es tomar la iniciativa. Y eso es lo que el presidente guatemalteco no quiere (o no puede) entender. Mantener la decisión de no extender el mandato de la CICIG es un camino que cada vez se pone más y más cuesta arriba. El Plan Para la Prosperidad prácticamente ha arrinconado a la diplomacia guatemalteca, porque ¿qué razones –convincientes, por supuesto– pueden presentarse para no extender el mandato de la CICIG, sin verse –al mismo tiempo– como parte de las mafias que esta Comisión está llamada a combatir?

PD. Mi libro: *Los pelotones de la muerte. La construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco*, está ya a la venta en Librería Casa del Libro, en Casa de Cervantes (5a. calle 5-18, zona 1).